

El Escritor

Rumiaba un bocadillo frío de atún a la par que los entresijos del futuro.

«Esos malditos intrusos. Un escritor tiene que ser observador y disciplinado. Sabrán juntar letras, ¿pero dónde ha quedado la asociación sutil de ideas con una culminación chispeante?».

Su boca se movía con monotonía, impávido al ruido, la mirada en un punto fijo.

«El talento no puede comprarse. El tiempo los pondrá a todos en su sitio. Cuando la mejor obra del siglo XXI vea la luz, todos callarán».

Un camión se posó delante con estruendo. El polvo que levantó le entró en los ojos; se lo sacudió con energía.

«Nadie tiene mi visión del mundo. Cada palabra encoge el corazón, una frase te embelesa y un párrafo es una cascada de emociones. Lo conseguiré. Que sepan que llegaré a lo más alto y que nadie podrá hacerme bajar».

—¡David, a cargar escombros!